

SILENCIO TECNOLÓGICO*

TECHNOLOGICAL SILENCE

Alfredo Marcos^a

Fechas de recepción y aceptación: 18 de abril de 2018; 3 de septiembre de 2018

Resumen: Tenemos la sensación de que la tecnología nos resulta tan útil como peligrosa. Esta doble cara nos produce inquietud y desazón. De ahí derivan algunas prácticas que implican la renuncia total o parcial a ciertos modos tecnológicos. Dichas prácticas no siempre están dotadas de sentido y fundamentación suficientes. Constituyen, más bien, reacciones dispersas guiadas por sensaciones e intuiciones. En el otro polo, tenemos la obra de algunos pensadores que han reflexionado sobre la técnica. A partir de ahí, han enunciado valiosas recomendaciones que permanecen, no obstante, en un plano abstracto. Nuestra hipótesis es que la noción de *silencio tecnológico* puede funcionar como un puente entre la especulación filosófica y la praxis efectiva, dando a la primera concreción y a la segunda lucidez. Para probarlo presentaremos, en primer lugar, la propia noción de silencio tecnológico (sección 1), para, a continuación, relatar algunas prácticas contemporáneas orientadas a la reducción de lo tecnológico (sección 2). En un tercer

^a Departamento de Filosofía. Universidad de Valladolid.

Correspondencia: Universidad de Valladolid. Departamento de Filosofía. Plaza del Campus. 47011 Valladolid. España.

E-mail: amarcos@fyl.uva.es

* Agradezco a José Chillón, Mariano Asla y Marta Bertolaso sus valiosos comentarios a versiones previas de este texto.



paso expondremos las recomendaciones de Heidegger y Kierkegaard sobre lo técnico (sección 3). Veremos, acto seguido, en qué sentido el silencio tecnológico puede ejercer aquí de puente entre filosofía y praxis (sección 4). Recogeremos, por último, lo obtenido en un resumen conclusivo (sección 5).

Palabras clave: tecnología, serenidad, desazón, Heidegger, ayuno tecnológico.

Abstract: We have the feeling that technology is as useful as it is dangerous. This double face produces in us some restlessness. From this uneasiness, derive some practices that imply the total or partial renunciation of certain technological modes. These practices are not always endowed with a clear sense and foundation. They are rather fuzzy reactions guided by our sensations and intuitions. In the other pole, we have the work of some philosophers who have reflected on the technology. Consequently, they have put forward valuable advices that remains, however, in an abstract plane. Our hypothesis is that the notion of *technological silence* can function as a bridge between philosophical speculation and effective praxis, giving the first concretion and the second lucidity. To prove it, we will present, first, the very notion of technological silence (section 1), and then some contemporary practices aimed at the reduction of technology (section 2). Thirdly, we will present the recommendations of Heidegger and Kierkegaard for our use of technology (section 3). We will see, next, in what sense the technological silence can act here as a bridge between philosophy and praxis (section 4). We will collect, finally, the issues in a conclusive summary (section 5).

Keywords: technology, serenity, uneasiness, Heidegger, technological fasting.

§1. QUÉ ENTENDEMOS POR *SILENCIO TECNOLÓGICO*

Llamaremos “silencio tecnológico” a la interrupción deliberada y transitoria del uso de una determinada tecnología legítima. Respecto a las aplicaciones tecnológicas ilegítimas pesa el deber moral de la abstención. No están aquí en juego. Aquí queremos referirnos únicamente a las aplicaciones legítimas.



timas de las que, por diversas razones, podemos prescindir en un momento u otro. Es cierto que el concepto de aplicación legítima quizá no sea unívoco a través de las diferencias culturales que se dan en un mundo globalizado como el nuestro. En algunos casos, lo que resulta legítimo en un contexto cultural pudiera no serlo en otro. Pero, para no caer en el simple relativismo, habrá que reconocer que ciertas aplicaciones pueden ser tomadas como paradigmáticamente ilegítimas. Por ejemplo, no consideramos como silencio tecnológico la abstención de practicar la clonación humana o la de fabricar armas químicas. En ambos casos estamos ante tecnologías que, según un amplio consenso transcultural, atentan contra cualquier criterio moral sensato. En cambio, el caso paradigmático del silencio tecnológico lo tendríamos en la desconexión temporal del teléfono móvil. Se trata de una tecnología ubicua, que en sí misma no plantea especiales problemas morales, que aporta, más bien, grandes ventajas prácticas a la vida humana, pues permite la comunicación fluida entre las personas, así como la obtención de datos y la ampliación de nuestro conocimiento de la realidad y de la actualidad. Ahora bien, podría en algunos casos resultar adecuado o beneficioso el prescindir transitoriamente de ella.

De hecho, el uso del concepto de silencio tecnológico, o silencio digital, parte de la psicología clínica y está relacionado con la desconexión de las redes sociales y de los instrumentos digitales, como el celular o la tableta, que nos dan acceso a estas y que, al parecer, pueden generar patologías por adicción. Afirma el psicólogo clínico Enrique García Huete (2017):

Existe síndrome de abstinencia, el perder el móvil, u olvidarlo en casa, genera sensaciones de ansiedad [...] y aparece una sintomatología ansiosa. Hay falta de concentración [...] angustia, taquicardia y todos los síntomas asociados a lo que es un trastorno de ansiedad, de hecho está aumentando el número de demandas en las consultas de psicología por este tipo de problemas.

El silencio tecnológico se recomienda, entonces, desde la psicología clínica, como una forma de profilaxis o de terapia. Y es obvio, visto así, que resulta muy aconsejable para ciertas personas.

No obstante, nuestro enfoque es filosófico, o si se quiere antropológico, no psicológico. Es anterior y en cierto modo independiente de las consideraciones



clínicas. Quisiéramos explorar el sentido del silencio tecnológico para la vida humana. Además, nuestro enfoque pretende ser más amplio, pues se refiere a todas las tecnologías legítimas, y no solo a las de comunicación digital. Así, el silencio tecnológico se extiende, gracias a una interpretación metafórica de la noción de silencio, a todos los sectores y usos tecnológicos. Podremos hablar, por ejemplo, de silencio tecnológico en relación con el uso del automóvil o –como veremos que sugiere Ortega y Gasset– del ascensor y, en general, de cualquier tecnología.

Todavía hemos de hacer alguna precisión más respecto del concepto de silencio tecnológico. Y es que dejar de usar una tecnología, aunque sea momentáneamente, implica usar otra, o al menos una técnica. Digámoslo en palabras de Ortega y Gasset (2013: 1): “Sin la técnica el hombre no existiría ni habría existido nunca”. Si prescindimos de la telefonía móvil, probablemente será para usar la fija, el correo postal, la radio o la prensa en papel. No hay un nivel de la acción humana exento por completo de técnica. Si dejamos aparcado el coche, nos desplazaremos en tranvía, en bicicleta o gracias a nuestro calzado. Prescindir por completo de lo técnico implicaría evitar el uso del fuego y de los útiles cortantes, lo cual es sencillamente incompatible con la vida humana, habida cuenta de nuestras simples características anatómicas. Dicho de otro modo, los humanos podemos aspirar a una cierta autonomía respecto de cada tecnología en particular, pero no respecto de lo técnico en general. No es exactamente que dependamos de lo técnico como de algo exterior a nosotros, es que por naturaleza y circunstancias evolutivas somos seres técnicos. Humano significa ya técnico.

Vienen, sin embargo, al caso aquí las observaciones hechas por Ortega (2013: 2) sobre la especificidad de lo técnico en los tiempos modernos:

Hoy, precisamente, el progreso de la técnica permite que nos sean dadas hechas innumerables cosas que antes cada cual tenía que hacerse o, por lo menos, intervenir en su factura. Hoy nos es dado hecho hasta subir la escalera, por medio del ascensor.

En consecuencia, prosigue Ortega (2013: 2-3), “la colocación del hombre actual ante su propia vida es más irreal, más inconsciente que la del



hombre medieval, ya que tiene menos noción que aquél de las condiciones bajo las cuales vive”.

Hace bien Ortega en poner el punto de inflexión precisamente en el paso de la Edad Media a la Modernidad. Dicho paso coincide con –y en parte consiste en– el paso de un modo a otro de lo técnico, el paso de la técnica a la tecnología. La tecnología es un modo específico y nuevo de lo técnico, cuya característica distintiva es su simbiosis con la ciencia. Ciencia y técnica son dos realidades histórica y conceptualmente distintas. Hasta se podría decir que la técnica estaba tradicionalmente más cercana al arte que a la ciencia. Ha habido civilizaciones enteras que han prosperado en lo técnico sin ayuda alguna de la ciencia, y otras en que la ciencia se ha desarrollado sin apenas conexión con la técnica. La antigua China desarrolló lo técnico mucho más que lo científico. En la Europa bajomedieval también se dieron notables avances técnicos casi ajenos a la ciencia, como por ejemplo en el campo de la energía hidráulica o en el de los relojes mecánicos. Por otra parte, Grecia nos legó una ciencia excelente, junto a un desarrollo técnico que algunos juzgan escaso o, al menos, inoperante socialmente, pues prefirieron mantener su estructura social al margen de la innovación técnica. Pero nuestra civilización moderna está marcada por este hito de cooperación. Ciencia y técnica conectan, colaboran, se potencian mutuamente desde los inicios de los tiempos modernos. La nueva modalidad de lo técnico, a la cual llamamos tecnología, nos instala en una forma de vida que Ortega tilda de “más irreal”. Al menos es una forma de vida más distanciada de las bases biológicas e históricas de lo humano. Por ello hablamos de silencio tecnológico y no de silencio técnico.

Lo que merece la pena silenciar de vez en cuando es la tecnología, algún uso o aplicación concreta de esta. Con ello podremos durante un instante recuperar una cierta sensación de realidad, de conexión con nuestras bases biológicas e históricas, de autoconocimiento. Y desde esta lucidez se puede regresar al uso de la tecnología en cuestión, pero a un uso que será ya más libre y lúcido, menos obcecado y dependiente.

Tendría menos interés, en cambio, practicar un silencio técnico, poner entre paréntesis algunas de las técnicas más sencillas y radicales, como las que nos permiten cocer alimentos o mantenernos a resguardo de la intemperie. Aun así, la reflexión sobre las prácticas voluntarias de supervivencia extrema



—como las que aparecen en algún programa televisivo— no deja de ser interesante para entender la condición humana¹. Entre otras cosas nos muestran lo imprescindible que es la técnica para el ser humano —pues, al fin y al cabo, el trance se resuelve mediante *técnicas* de supervivencia— y lo inhumana que se va volviendo su vida a medida que va prescindiendo de formas técnicas más básicas.

Así pues, aquí queremos referirnos sobre todo a la abstención transitoria de medios tecnológicos avanzados y legítimos. Es principalmente este tipo de práctica el que puede tener sentido y utilidad en la vida cotidiana de los humanos (post)modernos, y a él nos referiremos.

§2. PRÁCTICAS DE LA DESAZÓN

En nuestros días son muchos los que prescinden transitoria y voluntariamente de alguna tecnología. Lo hacen por los motivos más diversos, de modo meditado o espontáneo. Trataremos de presentar ahora algunos ejemplos significativos de este tipo de comportamiento, sin pretensión alguna de exhaustividad ni de sistematicidad, sino solo a título ilustrativo. En conjunto, obtendremos la idea de que esta suspensión de lo tecnológico responde a una cierta desazón, a una desconfianza de fondo, aunque sea mínima. Parece que no nos acaba de gustar el ponernos completamente en manos de determinadas tecnologías, y sentimos más bien un cierto agrado al prescindir de vez en cuando de ellas.

Ya hemos hablado de la desconexión digital como caso paradigmático del silencio tecnológico. Disponer algunos periodos sin acceso a las redes sociales, sin conexión a internet, sin el asalto constante de las llamadas y de los mensajes, sin el reverberar de las pantallas, constituye para algunos casi una medida de higiene. También para los menores se suele recomendar el uso muy pautado de estas tecnologías. La Academia Americana de Pediatría (American Academy of Pediatrics) aconseja para ellos una abstención total de pantallas en los dos primeros años de la vida, seguida de un uso supervi-

¹ Puede verse, por ejemplo, el programa televisivo de Bear Grylls titulado “Man vs Wild”.



sado y dosificado a lo largo del resto de la infancia². Se ha acuñado incluso el concepto de desintoxicación digital, que Wikipedia (AA. VV., 2018) define en estos términos:

La desintoxicación digital se refiere a un periodo de tiempo durante el cual una persona se abstiene de usar aparatos electrónicos de conexión, como los teléfonos móviles o los ordenadores. Se concibe como una oportunidad para reducir el estrés y para centrarse más en la interacción social y en la conexión con la naturaleza en el mundo físico³.

Existen ya corporaciones dedicadas a proporcionar espacios y tiempos para la denominada desintoxicación digital. Resulta muy significativo el enfoque con el que se publicita una de las más reconocidas: “Proporcionamos a los individuos, familias y empresas la oportunidad de prescindir de su brazo digital, de ganar perspectiva y de retornar habiendo encontrado nueva inspiración, equilibrio y conexión”⁴. Al margen de lo que uno piense de este tipo de empresas, lo que es indudable es que han dado con la clave de un sentimiento socialmente muy extendido.

También nos hemos referido más arriba a las prácticas de supervivencia extrema en las que se prescinde de buena parte de las tecnologías comúnmente al uso. Si bien no son muchos los que directamente buscan estas experiencias, sí que existe un notable interés social sobre estas, como demuestra el seguimiento de los diversos espacios televisivos dedicados el tema. Es cierto que se puede detectar aquí una paradoja, pues se requiere una sofisticada tecnología para llevar a las casas las imágenes de un sujeto descalzo que se afana en prender fuego con un par de palos. Pero todo ello es acorde con la idea ya

² En la web de esta institución aparece una recomendación de límites en el consumo mediático según la edad. Puede verse la versión en español en este enlace: <https://www.aap.org/en-us/Documents/pp_e_document108_sp.pdf>.

³ “Digital detox refers to a period of time during which a person refrains from using electronic connecting devices such as smartphones and computers. It is regarded as an opportunity to reduce stress, focus more on social interaction and connection with nature in the physical world”.

⁴ “We provide individuals, families and companies the opportunity to put aside their digital arm, gain perspective, and reemerge with new found inspiration, balance and connection”. Puede consultarse en: <<http://digitaldetox.org/>>.



enunciada de que el cese de una determinada tecnología no implica el cese de lo técnico.

A estos casos ya mencionados podemos añadir otros muchos. Por ejemplo, miles de senderistas o de peregrinos en todo el mundo deciden prescindir del avión, del coche y de otros medios avanzados de transporte para hacer un largo camino en bicicleta o andando. ¿Por qué? Es más, la bicicleta ha conocido en las últimas décadas un auténtico renacimiento tras un periodo de eclipse. Se calcula que existen actualmente como mil millones de estas máquinas en el planeta. De hecho, en los años setenta se producía prácticamente el mismo número de bicis que de coches. A partir de los años 2000 la producción anual de bicicletas ha duplicado con creces la de coches⁵. Muchas ciudades favorecen hoy el uso de la bici y fomentan la instalación de carriles de tránsito al efecto.

Más llamativo aún es que, en la era del automóvil, aumente el número de personas que hacen voluntariamente largos trayectos a pie. El senderismo se ha convertido en una práctica muy habitual. Resulta digno de mención el auge de rutas como el Camino de Santiago. Se trata de un conjunto de vías peatonales europeas abiertas en la Edad Media, aptas para la peregrinación hasta el lugar de Compostela, donde se halla la tumba atribuida al apóstol Santiago *el Mayor*. A través de estas han circulado miles de peregrinos al menos desde el siglo IX. Incluso desde Polonia se peregrinaba a Santiago en la Edad Media. Es significativo que este tipo de actividad fuese declinando durante los tiempos modernos, para reaparecer con fuerza en las últimas décadas. Si en los años setenta del pasado siglo los peregrinos que llegaban a pie a Santiago se contaban por decenas, en la segunda década de nuestro siglo hay que hablar ya de centenares de miles⁶ que han decidido *silenciar* por un tiempo los medios de transporte tecnológicos y optar por la marcha a pie.

Hay otras muchas prácticas, cada vez menos extrañas, que apuntan en la misma dirección: lavar a mano una prenda o unos platos, cocinar al fuego, hacer punto o tejer a mano, reunirse en torno a un juego de mesa, practicar bri-

⁵ El dato procede de: <www.worldometers.info/bicycles>.

⁶ Pueden verse los datos en: <<https://www.editorialbuencamino.com/estadistica-peregrinos-del-camino-de-santiago/>>. También en: <<https://oficinadelperegrino.com/estadisticas/>>.



colaje, diversas modalidades de las revitalizadas artesanías o formas sencillas de agricultura... Muy notable –y desconcertante para algunos– es el hecho de que las ventas de libros electrónicos se hayan estancado en los últimos años, y que, en contrapartida, el libro tradicional en papel resista de modo muy sólido y hasta recupere mercado⁷. Incluso en la enseñanza hay quien empieza a prescindir de vez en cuando de la parafernalia digital para recobrar, al menos por un instante, el sabor y la elegancia de una clase conversada cara a cara, de un libro entre las manos, de una explicación con tiza y pizarra, de unas pocas notas tomadas a bolígrafo. ¿Qué buscamos con esta suerte de *pedagogía post-power-point*?

Y no solo los ciudadanos o consumidores particulares adoptan hoy este tipo de proceder, sino que también las empresas y la sociedad en general pueden hacerlo. Nos permitimos, por ejemplo, combinar, en el llamado *mix* energético, centrales dotadas de tecnología de vanguardia con modestos saltos de agua. También la industria puede mantener líneas de producción muy tecnificadas al lado de otras mucho más artesanales. Incluso el mismo productor de quesos, de vinos, de zapatos o de motocicletas puede alternar sistemas de producción muy estandarizados y tecnificados, con otros cuasi artesanales. Las respectivas marcas circulan por distintos cauces de distribución y cubren objetivos de mercado diversos. Así, las piezas que surgen de un sistema de producción menos tecnológico cobran valor por motivos variadísimos, que van de lo estético a lo ético, pasando por lo didáctico o lo ecológico, por no hablar del propio reconocimiento de su singularidad, que las pone ya a medio camino entre el arte y la tecnología.

Y los ritmos. Hay quien no persigue obsesivamente el último grito en cacharrería digital, sino que se toma un respiro antes de mudar el *hardware*. Incluso hay quien ha desarrollado en materia tecnológica –y no solo en decoración o moda– un gusto por lo *vintage*. Obsérvese que en ninguno de estos casos hay una renuncia definitiva o absoluta a la tecnología, sino una mera interrupción pasajera o una cierta preferencia por un ritmo más pausado. Entendemos que sería justo incluir en este listado el llamado *slow movement*,

⁷ Pueden consultarse los datos en: <<https://universoabierto.org/2017/02/21/tendencias-del-libro-electronico-2017/comment-page-1/>>.



con su gusto por lo lento y tranquilo, dado que las tecnologías con frecuencia se usan precisamente para acelerar los diversos procesos de la vida (AA. VV., 2017). Este movimiento nace como una alternativa a la comida rápida, pero inmediatamente se ha extendido a otros ámbitos de la vida. Quien opta por lo *slow*, en realidad, puede estar practicando una forma de silencio tecnológico. En este camino de lentitud encontramos también las diversas formas de meditación, tradicionales o novedosas, que están hoy día en boga, y que también pueden ser tenidas como modos de suspensión transitoria de lo tecnológico.

Mencionaremos, por último, dos variedades de suspensión de lo tecnológico que derivan de una inspiración claramente religiosa. Nos referimos, en primer lugar, al llamado ayuno tecnológico (*technological fasting*), que está evidentemente relacionado con otras tradiciones religiosas de ayuno, como la cuaresma o el ramadán. También lo está con la observancia del *shabat* y del domingo, como días tradicionales de calma laboral y de reducción de lo técnico. La práctica del ayuno tecnológico se emplea hoy con finalidades religiosas, pero también en contextos ajenos a la religión y con objetivos más bien terapéuticos.

En segundo lugar, traemos el llamativo caso de los Amish, quienes, por motivos religiosos, han decidido prescindir de algunas tecnologías actuales, pero no de todas ellas. El criterio de selección no parece muy consistente y tal vez por ello las variantes entre los propios Amish son numerosas. Así, por ejemplo, algunos Amish que rechazan el uso de aparatos eléctricos aceptan, no obstante, los que funcionan con baterías de hasta 12 voltios. Unos usan lavadoras o sierras mecánicas, mientras que otros las rechazan, y así sucesivamente⁸.

El caso de los Amish requiere algunas aclaraciones. Su renuncia a ciertas tecnologías, como la televisión y el automóvil, no es transitoria, sino, en principio, permanente. En consecuencia, no podríamos decir estrictamente que practiquen respecto de estas el silencio tecnológico. Además, esta renuncia es debida a que las entienden como ilegítimas. En ambos aspectos los Amish presentan ciertas analogías con las variantes más radicales del ecologismo

⁸ Puede verse un informe al respecto en: <<http://amishamerica.com/amish-technology-friendliness/>>.



contemporáneo y se separan, como estas, de las posiciones moderadas o tolerantes que son más comunes en nuestra sociedad.

Digamos, para cerrar este apartado y abrir el siguiente, que los Amish fomentan en sus vidas una actitud que en su lengua alemana llaman *Gelassenheit*. Se puede entender como serenidad, calma, desasimiento, aceptación, renuncia a la vindicación y al protagonismo. Es el mismo término alemán que leeremos inmediatamente en un texto crucial de Heidegger. Una coincidencia quizá no tan casual. La palabra está etimológicamente vinculada, por ejemplo, al verbo francés “*laisser*”, al italiano “*lasciare*”, al adjetivo latino “*laxus*” o al sustantivo español “relajación”. Todas estas variantes derivan de la raíz indoeuropea “*sleg*”.

§3. SERENIDAD (*GELASSENHEIT*)

Heidegger ha pensado largamente sobre la técnica. Quizá su obra más significativa en este terreno sea el texto titulado *La pregunta por la técnica* (*Die Frage Nach Der Technik*, 1962), cuya primera versión en alemán data de 1953. Sin embargo, para fundamentar la noción de silencio tecnológico nos conviene más reparar en su texto sobre la serenidad. Ante la desazón que nos provoca el desarrollo tecnológico, Heidegger ha recomendado adoptar una cierta actitud de serenidad, que dista del tecnologismo tanto como del ludismo⁹.

Una actitud es una disposición estable para actuar de un cierto modo ante circunstancias concretas variables. Cuando una actitud dada nos predispone a actuar bien, decimos de ella que es una virtud. Y la actitud virtuosa que hemos de desplegar ante lo técnico es llamada por Heidegger (1994: 27) “serenidad” (*Gelassenheit*): “Quiero nombrar esta actitud del simultáneo *sí y no* al mundo técnico con unas viejas palabras: *la serenidad ante las cosas*”. Es digno de

⁹ Aquí el concepto de *ludismo* se emplea en su sentido tradicional, como rechazo frontal de la tecnología. No debe confundirse con el llamado *ludismo epistemológico*, que Langdon Winner propone como un método para el análisis y valoración de las innovaciones tecnológicas. El propio Winner (1979: 325), al introducir este último concepto, aclara que “estamos proponiendo un método. Un método que nada tiene que ver con el luddismo en el sentido tradicional del término”.



mención el hecho de que todo el mundo digital esté basado en la disyunción “sí o no”, es decir “0 o 1”, mientras que Heidegger nos propone precisamente la conjunción “sí y no” como epítome de la actitud adecuada ante la técnica.

Una fórmula muy afín –que viene aquí en nuestra ayuda como aclaración– fue escrita por Søren Kierkegaard (1963: 99) con relación a las riquezas. Pero es perfectamente aplicable al caso de las tecnologías. Según él, la actitud adecuada de desasimiento se logrará

solo cuando el hombre, aunque trabaje e hile, sea completamente como el lirio que ni trabaja ni hila; solo cuando el hombre, aunque siembre, siegue y recoja en los graneros, sea completamente como el pájaro que no siembra ni siega, ni encierra en los graneros.

Pero, volvamos a Heidegger (1994: 27): “Podemos dar el *sí* a la ineludible utilización de los objetos técnicos, y podemos a la vez decir *no* en cuanto les prohibimos que exclusivamente nos planteen exigencias, nos deformen, nos confundan y por último nos devasten”. Vemos que Heidegger nos habla en términos más filosóficos y menos *líricos* que Kierkegaard, pero ambos apuntan, en el fondo, a la misma actitud.

Entiéndase bien, no es que haya que salvar al hombre de la técnica. Jamás Heidegger (1994: 27) demoniza la técnica: “Sería necio marchar ciegamente contra el mundo técnico. Sería miope querer condenar el mundo técnico como obra del diablo. Dependemos de los objetos técnicos”. Hay que salvar al hombre, eso sí, de una actitud errónea ante la técnica, de una actitud irreflexiva, precipitada, acrítica, poco libre: “Podemos, ciertamente, servirnos de los objetos técnicos y, no obstante y pese a su conveniente utilización, mantenernos tan libres de ellos que queden siempre en desasimiento [*loslassen*] de nosotros” (1994: 27).

En el fondo, como sugiere Michael Sandel, la naturaleza nos condiciona y constriñe, pero constituye a un tiempo la condición de posibilidad para el ejercicio de nuestra libertad. La técnica nos aporta una cierta autonomía respecto de la pura naturaleza, pero no sin imponer nuevas condiciones y constricciones. Por eso, nuestra libertad, tanto respecto de la naturaleza como respecto de la técnica, tiene siempre ese carácter de negociación. De ninguna



de ellas –naturaleza y técnica– podemos prescindir, pero respecto de ambas hay que buscar una cierta distancia. En palabras de Sandel (2007: 127): “La libertad consiste en cierto sentido en una negociación permanente con lo recibido”.

Ya tenemos sobre la mesa las recomendaciones de los filósofos, apoyadas en una cierta concepción profunda de lo técnico y de la propia naturaleza humana. Quizá echamos de menos en ellas una mayor concreción, una mayor proximidad a la praxis cotidiana. Usemos las tecnologías sin apego, preservando siempre la esencia de lo humano, se nos dice. Bien, ¿pero esto cómo se hace, en qué conductas concretas se sustancia? Recordemos que en el otro polo de esta dialéctica contamos con un conjunto de prácticas muy concretas que suelen responder a sensaciones e intuiciones más que a la meditación filosófica; a veces se ejercen bienintencionadamente, pero con escasa claridad de criterio y de sentido. ¿Podríamos aproximar los dos polos, ponerlos en contacto para mutuo beneficio?

Un primer paso en esta dirección lo obtendremos mediante un ejercicio interpretativo aplicado a las palabras de Heidegger. “Sí y no” a lo técnico. ¿Cómo lo interpretamos? Quizá Heidegger nos está invitando a separar el trigo de la paja, a aplicar la esencia humana como criba y criterio¹⁰. Digamos sí a las técnicas y tecnologías que respeten esa esencia y digamos no a aquellas otras que la devastan. Es esta una interpretación fructífera. Nos sirve para impugnar todas las aplicaciones que devasten al ser humano, como sucede con muchas de las antropotecnias que hoy día son propuestas por el transhumanismo (Marcos, 2016; Diéguez, 2017). También es útil para rechazar las tecnologías que devasten el medio natural, la casa del ser humano y, con ello, la propia vida de este. Y, a la vez, podemos seguir diciendo sí a la tecnología en general y a los usos concretos de esta que remen en favor de una auténtica vida humana.

¹⁰ Sabemos que no todos admiten la misma idea de esencia humana, e incluso para algunos tal cosa no existe. Es un tema largamente discutido, desde los inicios de la filosofía hasta hoy. Resulta imposible abordarlo aquí en breve. Para Heidegger, como se verá, la esencia humana tiene que ver sobre todo con la capacidad de pensar, de meditar. Para los fines del presente artículo, sin embargo, bastaría con tomar como idea de naturaleza humana la propia del sentido común. En el plano filosófico, he propuesto en varios lugares un concepto actualizado de naturaleza humana, inspirado en la tradición aristotélica (Marcos y Pérez, 2018).



Pondremos un par de ejemplos para que se aprecie hasta qué punto este criterio puede ser preciso cual bisturí y útil en la práctica. En el terreno de la biotecnología, siguiendo el criterio en cuestión, deberíamos decir un sí enfático a las células somáticas reprogramadas (iPS) y a la edición genética mediante CRISPR-Cas13, mientras que tendríamos que decir no a otras biotecnologías que implican destrucción de embriones humanos, conflictos de identidad o modificación del patrimonio genético de la humanidad, como sucede, por ejemplo, con ciertas variantes de la edición genética o con la clonación humana (Cox, 2017; Yamana, 2012; Marcos, 2016a).

Mediante un primer movimiento interpretativo hemos aproximado la recomendación filosófica incluso a la praxis del laboratorio. Pero las afirmaciones de Heidegger admiten todavía otras interpretaciones. Pongamos ahora que el sí y el no puedan referirse ambos a una y la misma aplicación tecnológica. Por supuesto, tendría que ser una de las aplicaciones que han pasado el filtro anterior, es decir, una aplicación legítima de la tecnología; de lo contrario, ya tendría un no definitivo asignado. O sea, no se puede decir sí y no a la clonación humana, que simplemente exige un no. Por otro lado, los ejemplos que estamos manejando hacen que nos percatemos de que a ciertas tecnologías simplemente no se les puede decir no. Una vez que disponemos de ellas, su uso en las circunstancias pertinentes viene obligado. Si mediante CRISPR-Cas13 –que puede introducir mutaciones terapéuticas sin cambiar el ADN– lográsemos curar alguna enfermedad de transmisión hereditaria, parece claro que no deberíamos prescindir de su uso. Esto sucede principalmente cuando quien toma la decisión sobre el empleo de la tecnología no es la misma persona que resulta dañada o beneficiada por dicho uso. No sería aceptable, como resulta bien obvio, que un hospital dejase de usar anestesia dos días al mes en cada quirófano. Pero, si el dentista me dice que solo va a tocar superficialmente una de mis piezas, puede resultar sensato que yo mismo decida si quiero o no anestesia. Y, por supuesto, resulta aceptable que cada uno decida la frecuencia con la que va a usar o dejar de usar el ordenador, el automóvil, el aspirador, la segadora o el GPS. Es decir, a ciertas aplicaciones tecnológicas hay que decirles no, a otras, sí; pero existe una amplia franja de aplicaciones tecnológicas a las que quizá convenga decir sí y no. Aquí se mueve la segunda interpretación del texto de Heidegger. Y este es el territorio en el que viene al caso el silencio tecnológico.



§4. PRÁCTICAS DE LA SERENIDAD

Supongamos, pues, que el silencio tecnológico es una forma de llevar a la práctica la actitud de serenidad que Heidegger recomienda ante la técnica, que se corresponde con la actitud de quien le dice *sí* y *no* simultáneamente. Podríamos preguntarnos ahora qué obtenemos con ello. Heidegger (1994: 24) nos recuerda que hay “dos clases de pensamiento, y las dos, cada cual a su modo, se justifican y son necesarias: el pensamiento calculador y la meditación reflexiva”. La suspensión por un lapso de tiempo de una cierta tecnología supone el paso del pensamiento simplemente calculador –el que nos dice que llegaremos antes y con menos esfuerzo si empleamos el coche que si caminamos–, al pensamiento reflexivo, meditativo. El silencio tecnológico facilita una cierta distancia respecto de las tecnologías, una distancia que nos habilita para pensarlas meditativamente. No impide su uso, pero sí evita un uso irreflexivo, automático, poco humano, en suma. Si prescindiésemos, en cambio, de la meditación, tal vez la tecnología

nos pudiera atar, hechizar, deslumbrar y cegar al hombre de modo que el pensamiento calculador quedase un día como el único en vigencia y ejercicio [...] Entonces el hombre habría negado y arrojado lo más propio suyo: su naturaleza de meditador. Por ello hay que salvar esa naturaleza del hombre. Por ello hay que mantener despierta la meditación (Heidegger, 1994: 28).

Gracias a la distancia meditativa que nos proporciona, el silencio tecnológico nos hace más lúcidos respecto del propio valor y sentido de la técnica. Apreciamos mejor lo que nos brinda un automóvil después de caminar unos cuantos kilómetros, o lo que nos da una calculadora después de hacer operaciones a mano. El silencio técnico nos aporta lucidez sobre los fines propios del mundo técnico y sobre su arraigo antropológico. Nos enseña *que* necesitamos de la técnica, pues al prescindir de una modalidad siempre adoptamos otra, pero también nos enseña *para qué* necesitamos la técnica. Aun el más pasajero de los ayunos tecnológicos nos ayudará a ordenar correctamente los fines humanos y los medios técnicos, lo importante y lo accesorio; nos hará más libres respecto de la propia tecnología, no para prescindir definitivamente



de ella, sino para ponerla al servicio del florecimiento de las personas. Nos servirá para orientar el hacer técnico hacia un *hacernos*, que es en lo que consiste su sentido más propio. En última instancia, el sentido de lo técnico apunta hacia la producción y florecimiento de una vida auténticamente humana, es decir, conforme a la naturaleza humana común y a la identidad de cada persona.

Esto último es lo esencial, pero ¿obtenemos algo más del silencio tecnológico? Sí, favorece precisamente el conocimiento de la naturaleza humana y de cada una de las personas. Dado que al silenciar ciertas tecnologías hemos de adoptar otras, seguramente más sencillas, nos situamos por un instante más cerca de las raíces de lo humano. Al silenciar un medio rápido de transporte o un sistema de comunicación digital, cambia nuestra instalación en el tiempo y en el espacio. Regresamos a una posición parecida a la que condicionó nuestra evolución biológica. Volvemos provisionalmente al tipo de relaciones espacio-temporales presentes durante la mayor parte de nuestra historia evolutiva y cultural, nos ponemos transitoriamente más cerca de nuestro cuerpo y de nuestra historia. También más cerca del mundo natural. Sabemos por experiencia que el mero hecho de apagar el celular modifica todas nuestras medidas de espacio y tiempo. Quién estaba cerca, a un toque de pantalla, pasa a estar lejos, mientras que el vecino de mesa, al que ni había mirado, se convierte en el ser humano más próximo. No hemos de renunciar a las nuevas métricas derivadas de las tecnologías, pero tampoco es bueno olvidar las métricas tradicionales basadas en nuestra condición biológica y social, las que durante milenios demarcaron nuestro suelo.

La tecnología nos saca de nuestro ancestral suelo. Modifica las relaciones espacio-temporales. Muta nuestras bases biológicas en lo que a dieta y sueño se refiere. Cambia el ritmo de nuestras experiencias sensoriales. Nos expone a nuevas radiaciones o nos saca del campo gravitatorio habitual. Trastoca, para bien o para mal, las relaciones sociales, las configuraciones de familia, los modos reproductivos. Pero seguimos necesitando un suelo, que no podrá ya ser simplemente el ancestral, pero que habrá de ser, al fin y al cabo, hospitalario para con el ser humano. Heidegger (1994: 27) cree que podremos encontrar un nuevo suelo desde el que florecer. Según él, es precisamente la serenidad la que promete “un nuevo suelo sobre el que, en medio del mundo técnico, podamos estar y perdurar fuera de peligro”.



Por añadidura, el silencio tecnológico que se tiende sobre tecnologías legítimas favorece en nosotros el desarrollo de virtudes, como la fortaleza, el coraje, la generosidad, la austeridad o la templanza, que resultarán convenientes para resistir, como es obligado, ante las aplicaciones tecnológicas ilegítimas. Además, las tecnologías que sometemos a silencio pueden en algunos casos presentar fallos de funcionamiento, de modo que los niveles técnicos que (re)activamos al practicar el silencio tecnológico pueden servir como respaldo de seguridad. Por ejemplo, podemos navegar o conducir por el desierto con GPS o con brújula, pero si falla el GPS, bueno es el haberse familiarizado alguna vez con el uso de la brújula.

Señalemos, por último, que la recomendación del silencio tecnológico, por más concreta que se quiera, no puede aspirar a transformarse en un recetario minucioso. No se trata aquí de ofrecer una pauta exhaustiva de tecnologías y tiempos de suspensión recomendados en tales o cuales circunstancias precisas. Es importante subrayar que la aplicación del silencio tecnológico ha de estar siempre sometida a la guía de la *prudencia*. El riesgo de la decisión y de la acción no puede traspasarle el ser humano a norma alguna ni procedimiento automático de decisión. Es más, la prudencia misma constituye el criterio de aplicación, interpretación y, en su caso, de modificación de cualquier norma. La prudencia aristotélica está enraizada en la experiencia y en la responsabilidad indelegable de cada ser humano. Pero esto no nos condena a la irracionalidad ni al subjetivismo en nuestras decisiones prácticas, pues la prudencia, que no es ciencia, tampoco es simple opinión o buen tino, sino auténtico conocimiento racional con intención de verdad objetiva. Es un tipo de conocimiento incorporado en el sujeto como un hábito, como una segunda naturaleza. Y el sujeto llega a adquirirlo mediante la acción, a través de la propia praxis y bajo la guía inicial, o *paideia*, de aquellos que ya son prudentes (Aubenque, 1999; Marcos, 2011).

§5. CONCLUSIONES

Aquí hemos pretendido dotar de un contenido concreto las recomendaciones filosóficas sobre la técnica que pudieran resultar un tanto abstractas. Al mismo tiempo, hemos querido aportar conceptos claros a las intuiciones



que impulsan ciertas prácticas. A tal fin, hemos desplegado la idea de silencio tecnológico como concreción de las recomendaciones heideggerianas, y la hemos conectado con algunas prácticas actuales relativas a la tecnología, a las cuales puede servir de orientación y criterio.

Hemos aportado una doble interpretación al consejo heideggeriano de decir sí y no a lo técnico. En primera instancia nos indica que no podemos responder en bloque a todo lo técnico, ni con el tecnologismo ni con el ludismo. Antes bien, ciertas aplicaciones merecen un no y otras un sí. Esta observación ya es importante para nuestra sociedad actual, en la que con frecuencia se discute el valor de lo técnico en términos demasiado globales, como si hubiese que aceptar o rechazar en bloque todo lo que las nuevas tecnologías nos ofrecen.

En un segundo nivel entendemos que hay muchas aplicaciones tecnológicas legítimas de las cuales es recomendable prescindir transitoriamente, o simultanearlas con otras, siempre bajo la guía de la prudencia. Lo es porque con dicha práctica mantenemos respecto de la técnica una autonomía, una libertad, que facilita nuestro desarrollo humano, nuestra realización como personas. Esta forma de usar las tecnologías les da el sentido que realmente han de tener y las ubica en su posición justa. El silencio tecnológico contribuye a evitar que las tecnologías nos esclavicen y ayuda a ponerlas al servicio de la persona.

En suma, como hemos visto, la serenidad heideggeriana se concreta, en parte, en lo que hemos llamado silencio tecnológico, y las prácticas concretas a las que nos hemos referido cobran sentido en la medida en que concilian meditación y cálculo, mientras que lo pierden si resultan solo de una irreflexiva nostalgia, de la pereza o del miedo a la innovación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AA. VV. (2017). Slow movement (culture), en *Wikipedia, The Free Encyclopedia*, consultado el 31/01/2018. Disponible en: <[https://en.wikipedia.org/w/index.php?title=Slow_movement_\(culture\)&oldid=815109352](https://en.wikipedia.org/w/index.php?title=Slow_movement_(culture)&oldid=815109352)>.



- AA. VV. (2018). Digital detox, en *Wikipedia, The Free Encyclopedia*, consultado el 31/01/2018. Disponible en: <https://en.wikipedia.org/w/index.php?title=Digital_detox&oldid=822497349>.
- Aubenque, P. (1999). *La prudencia en Aristóteles*. Barcelona: Crítica. [Traducción de María José Torres].
- Cox, D. B. T. et al. (2017). RNA editing with CRISPR-Cas13. *Science*, 25/10/2017, consultado el 31/01/2018. Disponible en: <<http://science.sciencemag.org/content/early/2017/10/24/science.aag0180/tab-pdf>>.
- Diéguez, A. (2017). *Transhumanismo. La búsqueda tecnológica del mejoramiento humano*. Barcelona: Herder.
- García Huete, E. (2017). “Hay que buscar momentos de silencio tecnológico”, *La Vanguardia*, consultado el 31/01/2018. Disponible en: <<http://www.catalunyavanguardista.com/catvan/el-amor-en-tiempos-digitales/>>.
- Heidegger, M. (1962). Die Frage Nach Der Technik. En M. Heidegger, *Die Technik und Die Kehre*. Tübingen: Neske Verlag.
- Heidegger, M. (1994). Serenidad. *Revista Colombiana de Psicología*(3), 22-28 [Traducción de Antonio de Zubiaurre]. Disponible en: <<https://revistas.unal.edu.co/index.php/psicologia/article/view/15808/16639>>.
- Kierkegaard, S. (1963). *Los lirios del campo*. Madrid: Guadarrama. [Traducción de Demetrio G. Rivero].
- Marcos, A. (2011). Prudencia, verdad práctica y razón postmoderna. En A. R. Pérez Ransanz y A. Velasco y (eds.), *Racionalidad en ciencia y tecnología* (págs. 119-134). México: UNAM.
- Marcos, A. (2016). La bioética ante las nuevas antropotecnias. *Bioethics Update* (2), 102-114.
- Marcos, A. (2016a). Los retos éticos actuales de las profesiones sanitarias: Del campo de batalla al obrador. *Conversar* (1), 9-23.
- Marcos, A., y Pérez, M. (2018). *Meditación de la naturaleza humana*. Madrid: BAC.
- Ortega y Gasset, J. (2013). *Meditación de la técnica*, consultado el 31/01/2017. Disponible en: <https://francescllorens.files.wordpress.com/2013/02/ortega_meditacion_tecnica.pdf>.



- Sandel, M. (2007). *Contra la perfección. La ética en la era de la ingeniería genética*. Barcelona: Marbot Ediciones. [Traducción de Ramon Vilà].
- Winner, L. (1979). *Tecnología autónoma*. Barcelona: Editorial Gustavo Gil. [Traducción de Ramón Font y Alberto Cardín].
- Yamanaka, S. (2012). Induced pluripotent stem cells: past, present and future. *Cell Stem Cell*, 10(6), 678-684.

